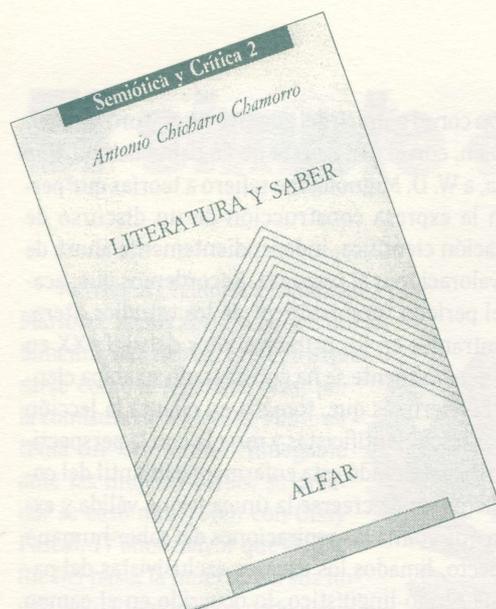


# FILICIONES

REVISTA DE LETRAS

2ª ÉPOCA - PRIMAVERA / VERANO 1998 - N° 3





## PERFIL DE LAS IDEOLOGÍAS LITERATUROLÓGICAS

do a lo largo de las últimas décadas no desdenando de su horizonte cuestiones de principio relativas a su propia fundamentación cognoscitiva y al conocimiento del fenómeno literario en su naturaleza, dimensión o proyección social.

Haber elegido este marbete alcanza su justificación en mi deseo de hacer explícita mi idea acerca de lo que pueda ser la teoría de la literatura en general y acerca de ciertas prácticas literaturoológicas en particular. En concreto, concibo la teoría como una práctica significativa ideológica en su raíz cuyas diferencias con otras prácticas ideológicas no cabe plantearlas en términos de “verdadero”/“falso”, sino, como dejaba escrito en 1987, en *Literatura y saber*, en relación con las respectivas funciones sociales que unos y otros discursos desempeñen, esto es, las diferencias radican en lo que se hace, respectivamente, con las teorías y con los discursos no propiamente teóricos, así como en la convención social que rige su recepción. Por eso, comienzo desde el título mismo llamando a las cosas por su nombre, no ocultando la naturaleza ideológica de las prácticas teóricas frente a lo que haría cualquier discurso ideológico que pretendiera disfrazarse tan rígida como positivístamente del discurso de la verdad científica para operar en su propio beneficio, esto es, en beneficio de concretos intereses sociales que pueda representar o en los que pueda incidir.

Obrar así, por otra parte, es consecuencia de haber atravesado por años de debate metateórico en torno a la ciencia de la literatura, de aproximación crítica de perspectivas hasta entonces excluyentes y de desarrollo de un pensamiento tan relativizador como pragmático sobre el fenómeno literario. En este sentido, llevamos algún tiempo inmersos en una discusión anticientificista que está produciendo los efectos saludables de una relativización de posiciones. El discurso radical hermenéutico deconstructivo y otros discursos culturales postestructuralistas, que andan palideciendo, han alimentado esta discusión que ha desdibujado el espejismo de la objetividad y universalidad abriéndose en cualquier caso nuevas posibilidades cognoscitivas. Así pues, si no puede ignorarse que la llamada ciencia de la literatura no existe sino como espacio de encuentro o simple lugar de cruce de múltiples teorías y actividades cognoscitivas no sustentadas siempre en un mismo paradigma o común problemática teórica o compartida matriz disciplinar, teo- ▶

No piense el lector de esta revista, en la que tan buena acogida se da al discurso creador, que el hecho de que plantee algunas cuestiones de grueso trazo relativas al discurso teórico de la literatura que expresamente se presenta como científico pueda suponer que me sitúo en un espacio cierta y radicalmente contrario al discurso de la ficción literaria. El hecho de que este tipo de teorías de la literatura no derive de las prácticas literarias mismas, llegando a cumplir una diferente función social, sino que alcance su fundamento en una base disciplinar, se organice en un sistema y ande construyendo una idea de lo que llamamos “verdad”, no elimina que se vea inmerso en los mismos condicionamientos de los procesos de producción de sentido, procesos históricos, que envuelven a los discursos literarios. Por otra parte, tampoco resulta viable la radical distinción entre unas y otras prácticas como las que se orientan al saber frente a las que constituyen propiamente un hacer, pues, a pesar de la operatividad de la distinción, todo saber es una forma de acción y toda forma de acción constituye al mismo tiempo un saber. Si me atrevo a traer estas consideraciones a las páginas de *Ficciones* es, entre otras motivos, para poner en claro que estas teorías de la literatura son también una forma de invención, el resultado de una construcción, una forma de creación en suma que se nutre, y a su vez las alimenta, de las ideologías sociales, estando sometida su ansiada neutralidad a intereses históricos de igual modo que la supuesta gratuidad y radical inutilidad de los discursos literarios se ven sometidos al no precisamente desinteresado proceso de la historia. Por eso, me he decidido a llamar a las cosas por su nombre, tal y como otros muchos lo vienen haciendo desde hace tiempo. Así pues, con esta denominación de ideologías literaturoológicas me refiero a ciertas prácticas teóricas sobre el discurso literario que, adjetivadas o adjetivables de científicas, se han venido desarrollan-

► rías y actividades de conocimiento estas, ideológicas, articuladas en torno a determinada organización disciplinar, que deben comprenderse en su relación, se comprenderá en consecuencia la razón de la elección de esta denominación marbete y la del número plural. Si, además, tomamos, aunque sólo sea en parte, la tan radical como pragmática lección de un Terry Eagleton, comprenderemos la razón de esa insistencia en la magnitud ideológica del pensamiento literaturoológico. En este sentido, no se olvide que Eagleton en *Una introducción a la teoría literaria* (México, Fondo de Cultura Económica, 1983) se ocupa tanto del análisis de las ideologías literarias actuales como ofrece su propuesta teórica acerca de la necesidad de una “crítica política” que venga a ser distinta a una corriente más del pensamiento literario, inclasificable entre dichas corrientes teórico literarias como una opción más por cuanto “mi intención —afirma— no es oponer las teorías literarias que examiné críticamente a una teoría literaria mía que pretendiera ser más aceptable políticamente (...) Opongo a las teorías expuestas en este libro no una teoría literaria sino una clase diferente de discurso —llámese “cultura”, “prácticas significativas” o cualquier otra cosa— que incluiría los objetos (“Literatura”) de que tratan esas otras teorías, pero transformándolos al colocarlos en un contexto más amplio” (Eagleton, *ibidem*: 242-243). Pretende resaltar de esta manera que la política ha estado siempre presente en toda teoría literaria. Pero es más, resalta así su carácter ideológico, lo que hace que la teoría literaria sea menos un objeto de investigación por su propio derecho que una perspectiva especial desde la cual se observa la historia de nuestra época (Eagleton, 1983: 231). En este sentido, no existe una teoría literaria “pura” salvo como mito académico, ya que toda actividad teórica es una actividad ideológica y en consecuencia política. Por este motivo, no se debe censurar a las teorías literarias por tener características políticas sino por tenerlas encubiertas o por presentarlas ciegamente como verdades supuestamente “técnicas”, “axiomáticas”, “científicas” o “universales” cuando en realidad no hacen sino favorecer intereses particulares de grupos particulares en épocas particulares (Eagleton, *ibidem*: 232). De ahí la importancia del análisis de las teorías literarias, ya que pueden hallarse implícitas ideologías sociales enteras en un método crítico aparentemente neutral. A partir de aquí se comprende su crítica política de la actual historia de la teoría literaria subordinada a un individualismo posesivo; su crítica del pluralismo teórico; su análisis crítico de la relación de las teorías literarias con las ideologías dominantes del capitalismo industrial, así como del proceso de institucionalización universitaria.

Ahora bien, si ha quedado justificado el uso del sustantivo, cabe todavía efectuar algunas aclaraciones en

relación con el empleo del adjetivo ‘literaturoológicas’. Pues bien, con el uso de este neologismo debido, que yo sepa, a W. D. Mignolo, me refiero a teorías que persiguen la expresa construcción de un discurso de orientación científica, independientemente ahora de otras valoraciones al respecto. Recordemos que, acabado el período “prehistórico” de los estudios literarios, entramos en los primeros años del siglo XX en lo que generalmente se ha considerado su etapa científica. Lo cierto es que, tomada en cuenta la lección de los excesos cientificistas y mirada con la perspectiva de haber superado esta enfermedad infantil del conocimiento, la de creerse la única forma válida y exclusiva que colma las aspiraciones del saber humano al respecto, limados los excesos exclusivistas del paradigma semio-lingüístico, lo ocurrido en el campo del pensamiento literario no esencialista y anormativo ha sido realmente importante. El concepto positivista de ciencia de la literatura con que se venía operando va a constituir un inequívoco punto de referencia para comprender las nuevas vías teóricas que comenzaron a recorrerse hacia finales del siglo pasado y en las primeras décadas del que ahora acaba, vías que vienen a reemplazar el discurso normativo sobre literatura y que son, recordémoslas, la *Literaturwissenschaft*, cuyo ingreso se produce en el contexto de las discusiones positivistas que acaban por establecer la separación de las “ciencias de la naturaleza” y de las “ciencias del espíritu”, y la moderna poética que supuso con respecto a la vía anterior un desplazamiento epistemológico, según Mignolo. Este desplazamiento produjo, entre otras consecuencias, el abandono del solar de la disciplina estética. En este sentido, como se ha dicho, el siglo XX ha sido sustancialmente el de un acabamiento metafísico, el siglo neopositivista y formalista del estructuralismo y sus derivaciones en ciencias humanas, entre otras corrientes y vertientes paradigmáticas que podríamos ahora nombrar, por lo que se deduce sin dificultad alguna que son muchas las teorías que se han fundado sobre ciertos espacios disciplinares ajenos a la estética. Este es el brevemente aludido marco que justifica el uso de ese adjetivo para identificar a ciertas teorías y reflexiones.

Llamemos, pues, a las cosas por su nombre, esto es, a las científicas teorías de la literatura denominémoslas con más propiedad ideologías literaturoológicas. El perfil mostrado justifica el empleo de esta denominación más ajustada a la realidad y en consecuencia menos equívoca.

**Antonio Chicharro**

Profesor de Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada